

cialmente á una presión francesa, preferiría correr los riesgos de la guerra; pero su buen sentido le mostraba también que el incidente Hohenzollern era una cuestión mal planteada y poco á propósito para despertar el patriotismo alemán, y como consecuencia de esto había de cooperar gustoso á un desenlace pacífico si este desenlace podía realizarse independientemente de él, si él podía mantenerse en el último término, si no tenía que hacer más que aceptar un hecho consumado. De aquí que dejaría que terminara pacíficamente en Sigmaringen lo que se negaba á discutir en Ems y en Berlín, pues en tal caso su intervención sería simplemente la de un jefe de familia que, negligentemente y como se hace para algo secundario, ampara con su ratificación el acto espontáneo de un pariente lejano. En aquel momento histórico todo tendía á esta conclusión que aconsejaban las potencias y que además respondía así á los deseos de España como á las perplejidades del príncipe Antonio y de su hijo.

Prim, descorazonado por sus numerosos fracasos, se había dejado llevar hacia la candidatura Hohenzollern, y al aceptar la indicación de ésta, estaba persuadido de que las resistencias de Francia no pasarían de la esfera diplomática y se extinguirían por sí solas después de haber lanzado algunas vivas, pero cortas llamaradas. Para vencer las objeciones, confiaba en su habilidad, en la consideración que le dispensaba el emperador, y contaba, sobre todo, con el tiempo porque, según sus cálculos, dispondría de unos tres meses para tomar una determinación. La divulgación prematura del proyecto le había desconcertado; el grave lenguaje del Sr. Mercier había aumentado sus preocupaciones, y la extraordinaria emoción de Francia había acabado de alarmarle; pero había seguido en su propósito, ya por la dificultad de detenerse en la senda emprendida, ya á impulsos de su pundonor, y en su consecuencia había convocado á las Cortes que habían de proceder á la elección. El día 7 de julio, el Sr. Sagasta, ministro de Estado, en una circular dirigida á los agentes de España, notificó públicamente la candidatura; y este documento oficial, en el momento en que se expedía, no reflejaba ya más que sentimientos y convicciones poco arraigados. Aquel mismo día el general Prim, contestando á las observaciones del Sr. Mercier, le decía: «Que me declare el príncipe que encuentra en su país algún obstáculo, y le facilitaré la retirada (1).» Lo que en Prim era sólo vacilación tomaba en Serrano el carácter de disgusto y casi de arrepentimiento: considerábase el regente metido en un mal paso del que sólo deseaba salir, y con sorprendente modestia confesaba no haber medido ni comprendido el alcance de aquel asunto. Pensando de este modo y no pudiendo retirar el ofrecimiento hecho y aceptado, hacía votos porque Guillermo negara su consentimiento; y partiendo de este punto de vista, nos aconsejaba que nos dirigiésemos á Berlín (2), expediente poco satisfactorio, ya que en aquel mismo tiempo en Prusia nos instaban, con segundas intenciones menos amistosas, á que acudiéramos á Madrid. En aquellos mismos días llegaban á la península

(1) Despacho del Sr. Mercier de Lostende al duque de Gramont, 7 de julio de 1870.

(2) Despachos del Sr. Mercier de Lostende al duque de Gramont, 9 de julio por la mañana y 9 de julio por la noche.

apremiantes exhortaciones de Londres, de Viena y de Florencia, suplicando al gobierno provisional que procurara calmar la crisis y no permitiera que de España saltase la chispa que había de incendiar á Europa (3). La candidatura, una vez hecha pública, no dejó de promover algunas objeciones y ya comenzaba á dudarse de que obtuviera mayoría en las Cortes. En el extranjero, los diplomáticos españoles trabajaban activamente en favor de la paz; entre ellos, el Sr. Olózaga telegrafió desde París por su cuenta al general Salanha, jefe del gabinete de Lisboa, á fin de que en el caso de una retirada del príncipe Leopoldo, influyera sin tardanza para que reviviese la candidatura portuguesa. En medio de estas complicaciones, mayores de día en día, Prim, cada vez más inquieto, protestaba de la bondad de sus intenciones, diciendo que al buscar candidatos al trono sólo había pensado en el interés de su patria; que nada más lejos de su pensamiento que una idea ofensiva para Francia, á la que conocía y amaba; que si había mantenido secreto su proyecto, había sido para evitar, en caso de fracasar, los malévolos comentarios de Europa; y que si se le indicaba una solución honrosa la aceptaría inmediatamente. En la noche del 10, el gabinete de Madrid tomó su determinación, y en seguida partió para Sigmaringen el general Domínguez para hacer ver al príncipe las nuevas circunstancias en que se jugaba la paz de Europa y sugerirle la idea de abandonar el proyecto.

Si los arrepentimientos del general Prim encontraban análogos arrepentimientos en Sigmaringen, esta comunidad de sentimientos había de simplificar hasta el punto de hacerla casi fácil en apariencia la tarea de los amigos de la paz. Ante la notoriedad cada día mayor que iba adquiriendo el nombre de su hijo, el príncipe Antonio había sentido una impresión extrema y algo como el vértigo de sus ambiciones paternas. Había previsto resistencias, pero no aquella explosión: de Francia llegaba hasta él un rumor belicoso é irritado; los llamamientos de España eran cada vez menos apremiantes y no habían de tardar en ir mezclados con reticencias que parecían invitación á un desistimiento; y, por último, la misma reserva de Prusia no era muy tranquilizadora para los señores de Sigmaringen. Y en presencia de todos estos síntomas, pensaba que las potencias, con todo el egoísmo de los grandes para con los pequeños, volverían á hundir en la obscuridad al candidato si así lo estimaban necesario, como se tira un instrumento de poco precio que ya no sirve. Así habían transcurrido los primeros días. A estos temores uníase otro motivo poderoso de aprensión: el trono de España no era el primero que el príncipe Antonio había ambicionado para su familia: en efecto, cuatro años antes el príncipe Carlos había sido llamado á reinar en Rumanía y llevado á Bucarest por influencia de Francia y á pesar de la oposición de Rusia. Ahora bien, persiguiendo la fundación de una nueva dinastía en Madrid, ¿no se comprometería á la otra dinastía, á la que trabajosamente echaba sus raíces á orillas del Danubio? El agente rumano Sr. Stratt se aventuró á

(3) Despacho del Sr. de Beust al conde Dubsky, en Madrid, 7 de julio de 1870. — Despacho de sir A. Paget al conde Granville, 9 de julio. — Despacho del Sr. Layard al conde Granville, 11 de julio. — Nigra, *Ricordi diplomatici* págs. 7 y 8.

interrogar al Sr. de Gramont, y habiendo intentado estipular anticipadamente las garantías necesarias para la seguridad de su soberano, respondióle el ministro con brutal franqueza: «Desde el momento en que el príncipe Carlos conspira contra los intereses franceses, es natural que nos esforcemos en destramarlo. En caso de conflicto con Prusia, será muy conveniente para nosotros empezar por aquí. Nuestra falta ha sido elevar á los Hohenzollern.» Stratt, aterrado, telegrafió á su soberano para

También Guillermo quería entonces, si no la verdadera paz, por lo menos el apaciguamiento, y deseaba resolver el incidente á su modo, como se soluciona un intento poco hábil y decididamente mal combinado. El día 10 de julio expidió por medio del coronel Strantz un mensaje á Sigmaringen, diciendo que Francia, según todas las apariencias, deseaba la guerra, y añadiendo que si el príncipe Antonio decidía retirar la candidatura de su hijo, él, en su calidad de jefe de familia,



Salustiano Olózaga

que aconsejara una pronta renuncia, y dos horas después partió para Sigmaringen (1).

Lo que el Sr. de Gramont quería alcanzar por medio de amenazas, Napoleón trataba de obtenerlo por la moderación; pues aunque á veces se sometía al partido de la corte, en el fondo de su corazón deseaba la paz. Por esto, sin consultar con sus ministros, se dirigió, según se afirma, al rey de los belgas rogándole que interpusiera su influencia cerca de los de Sigmaringen para que abandonasen el funesto proyecto, único medio, decía, de salvar la paz de Europa (2). ¿Intentó el monarca francés otras gestiones? Afirmaciones muy autorizadas, aunque excesivamente sumarias, permiten creer que sí (3).

(1) Véase *Aus dem Leben Koenig Karls von Rumänien*, tomo II, págs. 100-101.

(2) Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches*, tomo VII, página 292.

(3) Véase Emilio Ollivier, *Thiers devant l'histoire*, pág. 104.

consentiría en el desistimiento como había consentido en la aceptación (4). ¿Mediaron otras sugerencias más explícitas, otras gestiones más positivas? Si hemos de dar crédito á la correspondencia del Sr. de Saint-Vallier, nuestro ministro en Stuttgart, éste supo (dícese que por la propia reina Olga) (5) que Guillermo había instado al príncipe Antonio á que disuadiera á su hijo de la aventura española (6). Esta actitud es tanto más verosímil cuanto que el rey escribía al mismo tiempo á la reina Augusta diciéndole que no podía tomar ninguna iniciativa, pero que vería con gusto que la candidatura fuese retirada (7). Pero aun cuando no hubiese habido otro

(4) *Aus dem Leben Koenig Karls von Rumänien*, tomo II, página 101.

(5) Rothan, *L'Allemagne et l'Italie*, tomo I, pág. 15.

(6) M. de Saint-Vallier, *La rupture avec le Wurtemberg*, página 16.

(7) Oncken, *Unser Heldenkaisers*, pág. 186.

mensaje que el que acabamos de mencionar, una mediana costumbre de leer entre líneas habría bastado para discernir las intenciones del soberano, porque desde el momento en que éste indicaba cuál de las dos resoluciones aprobaría, ¿acaso no proscibía implícitamente la otra?

Todos estos síntomas permitían presentir lo que sucedería luego. El 11 de julio, á las seis de la tarde, el Sr. de Gramont, más impaciente que nunca, telegrafió al Sr. Benedetti: «En el punto á que han llegado las cosas, no debo ocultaros que vuestro lenguaje, en cuanto á energía, no responde á la posición adoptada por el gabinete del emperador. Es preciso que hoy lo acentuéis más. No podemos admitir la distinción entre el rey y su gobierno que os ha sido expuesta, y pedimos que el rey prohíba al príncipe de Hohenzollern que persista en su candidatura;» y luego añadía: «Si mañana no tenemos una respuesta decisiva, consideraremos el silencio ó la ambigüedad como una negativa á hacer lo que pedimos.» La fortuna, antes de abandonar del todo (y qué modo de abandonarle!) al ministro de Negocios extranjeros, había de favorecerle mucho más de lo que su imprudente impetuosidad merecía, acudiendo, por decirlo así, á su llamamiento. Había pedido el Sr. de Gramont una respuesta dentro de las veinticuatro horas, y antes de que éstas hubiesen transcurrido llegaba la contestación oportunamente, no de Ems ni de Berlín, sino de Sigmaringen, como podía conjeturarse. El general Domínguez, que ya había salido de Madrid, no necesitó llegar al término de su viaje, pues en la mañana del 12 de julio el príncipe Antonio telegrafió al general Prim que, en vista de las complicaciones que traía consigo la candidatura de su hijo, retiraba, en nombre de éste, la aceptación (1).

XV

Con el despacho de Sigmaringen termina la primera fase del incidente Hohenzollern. Una intriga, poco tranquilizadora para nuestros intereses, poco decorosa para nuestro honor, se había urdido secretamente, aparte de nosotros y contra nosotros. El proceder, sea dicho en el lenguaje menos duro, era el de un mal vecino y revelaba, si no la idea preconcebida de provocar la guerra, al menos pocos deseos de evitarla. La declaración de 6 de julio había acentuado en demasía nuestro resentimiento; pero la justicia de nuestra causa había cubierto nuestras temeridades. Prusia se había emocionado; España, nuestra amiga, se había trastornado á la idea de disgustarnos; los mismos á quienes se destinaba el trono se habían asustado de sus grandezas. Con más astucia que altivez, Guillermo se había preparado para dos fines, y estaba á la vez dispuesto á continuar vivamente su juego ó á pretender con un tranquilo aplomo que no había jugado. Ante la perspectiva de la censura universal, acababa de detenerse, con una mezcla de moderación—pues no le gustaban las violencias—y de pesar—pues sabía que estaba dispuesto á la guerra. Sus parientes rehusaban la corona. Conforme había dicho á Benedetti, él aprobaría la decisión de éstos. No pedía

(1) Véase *Aus dem Leben Koenig Karls von Rumänien*, tomo II, págs. 101-102.

más que un poco de tiempo para poner bien á salvo su dignidad, para separar bien los papeles y no atribuirse sino el de *ratificador*, para dejar bien sentado que si se había hecho una concesión á Francia, esta concesión no procedía de Berlín.

El despejo fué tan corto que apenas se notó. He aquí ahora la segunda fase, la fase en que las intempestivas exigencias de Francia devuelven á Prusia las ventajas perdidas.

Al telegrafiar de Sigmaringen al general Prim, el príncipe Antonio había remitido una copia de su telegrama al Sr. Olózaga, embajador de España en la corte de las Tullerías. Serían las doce del día cuando Emilio Ollivier recibió la noticia. Su espíritu sencillo y recto la interpretó según su sentido natural, es decir, como el anuncio de la paz. Ni su educación ni su temperamento le habían preparado para las reservas diplomáticas. Contenido del cambio de cosas (pues nadie tenía más horror que él á la guerra), no resistió al deseo de manifestar su alegría. Yendo al Palacio Borbón, encontró al director de *La Liberté*, Sr. Detroyat, y comunicándole el mensaje, le suplicó que atemperase los ardores bélicos de su colaborador Emilio de Girardin. Cuando el ministro llegó á la Cámara, muchos diputados, á pesar de ser tan temprano, se hallaban ya reunidos, pues la ansiedad les había hecho ser puntuales. Ollivier, radiante, desplegó el precioso papel, lo leyó, volvió á leerlo, lo comunicó y hasta lo dejó correr tanto de mano en mano que le costó trabajo recogerlo. Viendo entrar á Thiers en el salón, se le acercó diciéndole: «Tenemos lo que deseamos,» y le resumió la información. Como Thiers le recomendase que evitara toda manifestación comprometedora, Ollivier replicó: «Tranquilizaos; tenemos la paz y no la dejaremos escapar (2).» Numerosos especuladores habían invadido el Palacio Borbón. A la primera divulgación de la gran noticia, tomaron por asalto los coches de punto y, á cual más aprisa, fueron á precipitarse bajo los pórticos de la Bolsa. Al principio de la sesión parlamentaria, el anuncio de la llegada del emperador, que había vuelto de Saint-Cloud á las Tullerías, había parecido señal de guerra y provocado un verdadero alocamiento. Como la esperanza sucediese á la inquietud, los valores subieron tan rápidamente como habían bajado, y el 3 por 100 se elevó de 67 francos á 70.

Aquellas expansivas confidencias eran más bien de un buen ciudadano que de un político. La verdadera habilidad estaba en guardar silencio, hasta que los esperados despachos de Benedetti anunciasen la aprobación del rey. Por mucho que cuidase el monarca de no intervenir sino en el momento oportuno, sin apresuramiento y á título de simple aprobador, la incertidumbre no podía prolongarse más de un día. Entonces una comunicación oficial hecha á las Cámaras hubiera permitido fundir las dos informaciones, la del desistimiento y la del asentimiento real. La segunda noticia hubiera completado y, por decirlo así, autenticado la primera. La negociación, terminada felizmente, hubiera aparecido en conjunto y el público hubiera sancionado su honrosa conclusión. El efecto de un despacho aislado

(2) *Enquête parlementaire sur le 4 Septembre* (declaración de Thiers), tomo I, pág. 8.

era muy distinto. Los pacíficos se alegraron muy sinceramente y patrióticamente; pero los belicosos no se sintieron desarmados.

Tan pronto como se hubo disipado un poco la sensación de la gran noticia, los diputados de la extrema derecha, desmenuzando el despacho, se aplicaron á contener los impulsos de la alegría. Empezaron por manifestar la sorpresa de que un documento tan grave fuese comunicado á todo el mundo y los agentes de Bolsa pudiesen ser de los primeros en enterarse de él. Analizaron luego el telegrama, detallando todo lo que hubiera de contener y todo lo que no contenía. No contenía ni el nombre del rey, que había dirigido la intriga, ni el del príncipe Leopoldo en provecho de quien se había urdido la trama; en el documento no se hacía mención de Prusia ni de Francia. El remitente era un alemán, el príncipe Antonio, y el destinatario un español, el general Prim. El telegrama no hacía más que cruzar la Francia. Habíase remitido una copia al señor Olózaga, y era esta copia, recogida á su paso ú oficiosamente comunicada, la que pretendían ofrecer al país como una garantía de paz. El ruido de las disputas y de los apóstrofes llenó pronto los salones y los pasillos del Palacio Borbón. Supliendo á su corto número con su audacia, los bonapartistas autoritarios declamaban con inaudita vehemencia, calificando de insignificante la concesión y de cobardes á los que se contentaban con ella. En los límites de la derecha y del centro, los conservadores puros se asociaban al ruido con la violencia que nace á menudo de la debilidad. A los patriotas exagerados y á los fogosos se unieron los que, en las combinaciones recientes, buscaban provecho para su ambición y satisfacción para sus odios. El más animado era Clemente Duvernois, el cual, después de haber figurado en el gobierno del 2 de enero en el momento de su formación, fué excluido de él, y le irritaba el recuerdo de sus esperanzas aplazadas. Arrastró á unos cuantos colegas en una de las secciones y allí debatió una demanda de interpelación. En la cuestión Hohenzollern veía una causa á ganar contra el ministerio; pero sólo iba á ganarla contra Francia.

En medio de este tumulto, distinguíase una palabra que los más ardientes se complacían en repetir: se hablaba de *garantías*, de garantías que Francia debería reclamar para lo porvenir. La idea, la idea fatal, no era del todo nueva, puesto que días antes se había formulado en el *Figaro* y en *La Liberté*. Pero adquirió precisión en boca de Clemente Duvernois.

La interpelación de éste versaba «sobre las garantías que el gabinete había estipulado ó contaba estipular á fin de evitar la vuelta de complicaciones sucesivas con la Prusia.»

¿Dominaría el gobierno esta opinión violenta y ficticia ó se dejaría arrastrar por ella? Esto causaba la mayor ansiedad.

Justo es decir que, en aquella jornada del 12, el primer movimiento del duque de Gramont fué el de la prudencia. A la una y cuarenta minutos telegrafió á Benedetti: «Emplead vuestra habilidad, por no decir vuestra destreza, para hacer constar que la renuncia del príncipe de Hohenzollern os ha sido anunciada, comunicada ó transmitida por el rey de Prusia ó su gobierno. Para nosotros, eso es de la más alta importancia.

La participación del rey debe ser á toda costa consentida por él ó resultar claramente de los hechos (1).» Esta *participación «saisissable»* derivaría, en rigor, de la aprobación que el monarca daría al desistimiento. No podía dudarse de esta aprobación. Que se produjera en forma más ó menos espontánea ó más ó menos explícita, ello poco importaba, á menos de querer sacrificar el fondo á la forma. A pesar de los clamores belicosos, la obra de apaciguamiento no parecía, pues, comprometida aún con tal de que el gobierno supiese contener á los impacientes del Cuerpo legislativo. Algunas palabras muy breves hubieran bastado para restituir su verdadero sentido al telegrama de Sigmaringen y hacer presentir en términos mesurados el complemento que recibiría por el próximo correo de Ems. La extrema izquierda hubiera sido reducida á silencio, los tímidos hubieran recobrado ánimo, y quizá se hubiera diferido el choque supremo.

Pero no sucedió así. A primera hora de la tarde el ministro de Negocios extranjeros se enteró de las manifestaciones del Palacio Borbón y después tuvo conocimiento de la interpelación de Clemente Duvernois. Los bonapartistas autoritarios del Cuerpo legislativo le devolvían las pasiones que él había excitado. Sus cortas veleidades de moderación se desvanecieron, y la clara visión de las cosas se oscureció de nuevo á sus ojos. En los pasillos de la Cámara se hablaba «de garantías para lo porvenir.» Desgraciadamente para Francia, el duque de Gramont iba á reproducir y apropiarse la fórmula.

Empezaba éste á ceder á aquellas recrudescencias de irritación, cuando en el palacio del muelle de Orsay se presentó, á cosa de las dos y media, el Sr. de Werther, que había llegado de Ems por la mañana. Apenas había empezado la entrevista cuando llegó el embajador de España, portador, según él decía, de un mensaje urgente. Como la comunicación podía influir en las negociaciones con la Prusia, el Sr. de Werther prestóse gustoso á una suspensión de la entrevista y pasó á un salón inmediato. El Sr. Olózaga venía á notificar el desistimiento. Gramont conocía ya el telegrama, y bajo la influencia de las prevenciones que habían disminuído un instante para renacer con más fuerza, se obstinó en juzgar el despacho, no por la casi seguridad de paz que contenía, sino por las lagunas que lo hacían insuficiente é incompleto, señalando lo que en él faltaba, es decir, el nombre y la intervención del rey. Como Olózaga le felicitase, replicó que España tenía sin duda derecho á regocijarse, pero que, para Francia, el desistimiento así anunciado no creaba sino una complicación más.

Después de oír estas palabras poco tranquilizadoras, el embajador de España se retiró, y el Sr. de Gramont reunióse otra vez con el Sr. de Werther. Antiguas relaciones autorizaban cierta familiaridad entre estos dos hombres. Sin ninguna aspereza de forma, pero en el tono de una queja muy viva, el duque recapituló sus cargos: el rey había autorizado la candidatura Hohenzollern sin ninguna inteligencia previa con el gobierno imperial, ofendiendo con ello á Francia: el proceder había

(1) «La participation du roi doit, à tout prix, être consentie par lui ou résulter des faits d'une manière saisissable.» (Duque de Gramont, *La France et la Prusse*, pág. 103.)